

Lo que yo haría
si fuera obrero



**EL COMUNISMO
Y SU UTOPIA**



Por un hijo del trabajo

JACA

TIP. VIUDA DE R. ABAD, MAYOR, 32

AÑO 1925

Lo que yo haría
si fuera obrero

Prohibida la reproducción, queda
hecho el depósito que marca la Ley.

EL COMUNISMO Y SU UTOPIA

Por un hijo del trabajo

Prohibida la reproducción, queda
hecho el depósito que marca la Ley.

EL COMPAÑISMO Y SU HISTORIA

Lo que yo haría
si fuera obrero



EL COMUNISMO Y SU UTOPIA



R. 11.716

Por un hijo del trabajo

Tip. Vda. R. Abad.-Jaca

Lo que yo haria
si fuera obrero



Prohibida la reproducción

EL COMUNISMO

y su utopia



R. M. F. R.

Por un hijo del trabajo

El V. C. B. 1904 - 1905



El comunismo y su utopía

No puedo recordar en qué obra leí estas o parecidas palabras: (1)

«Esto no va bien!. ¡Esto no es justo!... En esta máquina de la sociedad no hay nada bueno; porque en sus ruedas quedamos prendidos los pobres, y sólo servimos de grasa, para que vayan más aprisa y acaben más pronto con nosotros. ¡Echemos abajo esta máquina!... ¡Levantemos otra y el porvenir será nuestro!»

«¡El único amo, el único propietario es el Estado!. El Estado es el dueño del suelo, del subsuelo, de los bienes muebles y de los inmuebles. Las tierras, los montes, las minas, las fábricas, las máquinas, los almacenes, todo pertenece al Estado, y solamente el Estado es su dueño, y puede disponer como dueño y señor. El Estado produce, el Es-

(1) P. Victor Van Tricht.

tado compra, el Estado vende, pero, para repartir sus ganancias a prorrata del trabajo y de las necesidades. Ya no hay pobres: ya no hay tampoco ricos; solo hay trabajadores y todos iguales.»

«Con esta teoría, con estas nuevas doctrinas, claro está que quedarán descontentos y se desesperarán los que tengan que bajar, mientras que saltarán de gozo y de satisfacción los que tengan que subir; aquéllos dirán que estas doctrinas son intolerables y no se pueden aceptar, pero éstos entonarán por ello himnos de alabanza, y pedirán su inmediato planteamiento.»

«Qué decir de esta teoría? Considerada en sí misma, a la luz de la razón, ¿es absurda o no? Preguntemos a la ciencia de la filosofía cuándo es absurda una doctrina, y nos dirá que cuando se oponga a algún principio fundamental de la razón. Ahora bien; así examinada la doctrina propuesta, creo yo que no hay en ella ningún absurdo....»

Ahora bien; ¿podrá la razón humana aplicar a la sociedad actual esa encantadora teoría del comunismo?. Absurda no es. Pero aunque no lo sea ¿se puede llevar a la práctica?. Hoy por hoy de ninguna manera; por evoluciones muy largas y sucesivas pudiera ser, pero en tiempos que en lontananza no se dibujan todavía.

Es evidente, que el día en que todos los hombres estuviesen capacitados para esa nueva forma de

vida, parece ser que la humanidad no vislumbraría un más allá, o por lo menos, hoy ni aun los más avanzados lo vislumbran. Hoy por hoy tiene el hombre esa capacidad a que antes aludíamos? Algunos quizá, sí, pero la inmensa mayoría, no. Puede ser que algunos de los promotores de esta doctrina, de buena fé, pudieran formar entre sí esa sociedad ideal, con que muchos sueñan: pero los mal llamados discípulos, de ninguna manera. Estos últimos, si fueran sinceros dirían que lo que pretenden no es el comunismo, sino precisamente lo contrario, hacerse capitalistas, y los capitalistas, obreros, ni más ni menos; y la razón sencilla es que en esa campaña no les guía otro móvil que el odio. No quieren que todos trabajen, lo que pretenden es no trabajar ellos, y los demás sí. No quieren desterrar la idea de superior e inferior, lo que quieren es ser superiores, mandar y no obedecer.

Esas masas y esos jefes inconscientes que las dirigen, practican todo lo contrario de lo que en sus teorías quiméricas dicen. Piden la anulación de la familia, y dan paso al amor libre; pero no es por un sentimiento altruísta de mejora social, es tan sólo por dar rienda suelta a una pasión brutal, y de hecho en esa futura sociedad restablecen en la mujer la esclavitud más odiosa. Cerremos por un momento los ojos a la realidad, y veremos que nuestras madres, hermanas e hijas actuales serían unas

esclavas, porque todos los hombres tendrían derecho a ellas, y me parece ¡que no cabe esclavitud mayor para una mujer!. Piden la abolición de los tribunales de justicia, y, sin embargo, se la toman por su mano, asesinando traidora y alevosamente. Quizá a esto digan que lo efectúan precisamente para la consecución de sus fines, y que el fin justifica los medios; pero olvidan que en esa sociedad, así nacida, tendría que seguir imperando la fuerza, como norma de justicia; porque el pensamiento es libre (en cuanto se escapa a la acción de la fuerza material), y la sociedad se defendería enérgicamente contra esa reacción brutal, como se defiende el organismo humano cuando una enfermedad le ataca; y en lugar de una paz ofrecida a sus adeptos, sobrevendría la guerra sin fin; pero de tener término, triunfaría la inteligencia sobre la fuerza bruta, y la inteligencia rechaza de lleno ese estado de cosas, interin el hombre no efectúe una transformación radical. Piden una sociedad sin autoridad y la fundamentan en el despotismo más absoluto. Niegan toda religión, pero no porque la conceptúen buena o mala, sino simplemente porque suprimen un freno más; pero al suprimirla a viva fuerza, nos imponen de hecho la suya, el ateísmo, y como luego nos imponen también el materialismo, nos dejan reducidos a simples máquinas. Si así pudiese ser, ¡qué fácil y sencillo sería reintegrar la huma-

nidad toda al comunismo!. Si unos hombres pudiesen manejar a otros hombres en la forma que éstos conducen las locomotoras, por ejemplo, problema resuelto. El fogonero llena de agua la caldera y enciende el hogar; el agua primero se calienta y luego hierve, empezando a producir vapor; el manómetro nos indica cuándo ese vapor tiene la tensión suficiente para que, introducido en los cilindros, pueda accionar el émbolo, y por mediación del vástago y bielas transmitir su movimiento a las ruedas. Ya está todo listo; el maquinista o elemento director ocupa su puesto, y con solo tocar una palanca, hace que esas moles de cientos de toneladas vayan adelante o atrás, anden o se paren, obedeciendo dócilmente, mansamente; no inquiere el PORQUE le mandan ir en uno u otro sentido, porque la tienen en marcha o parada. Tratar de reunir, y después, de conducir con una simple palanca a un número cualquiera de hombres, y NI UNO SOLO dejará de hacerse preguntas continuamente. ¿«Dónde vamos»? Despejada esa incógnita, se preguntará: ¿«Por qué vamos aquí, y no allí»? De nuevo dirá: «pero yo me canso, porque éste es más fuerte que yo». ¡Ah!. En este terrible PORQUE y PERO que la locomotora no puede lanzar, está la derrota del comunismo. Cuando el hombre suprime esos PORQUÉS y PEROS, en ese momento, sí, el comunismo triunfará. Pero hay que fijarse muy bien, que al

suprimirlos, hacemos voto tácito de obediencia ciega, y pocos, poquísimos son quienes en esas condiciones se encuentran.

—«¿Por qué me quita Vd. mis heredades ganadas con el sudor de mi rostro?» preguntará el propietario; «porque todo va a ser de todos». Sí, pero a ello no me conformo, porque mientras Vd. u otros han estado en la taberna o en la sociedad gastando su dinero o su salud, bebiendo, jugando y perdiendo el tiempo o divirtiéndose, yo he gastado mi salud en el trabajo honrado; si Vd. sabe que alguien sin esfuerzo alguno o por malas artes ha adquirido heredades, haga Vd. entonces leyes, para después hacerlas cumplir, a fin de que todos trabajen y que no haya fraudes; pero dispuesto estoy a defender esto, que es mío, porque me lo he ganado con mi alma y vida. «Aquí la locomotora no obedece ciegamente, sino que razona y protesta, con sus **PORQUÉS Y PEROS**.

—«¿Por qué me quita Vd. mi dinero que tengo ahorrado en el Banco o en la Caja de Ahorros?» —«Porque todo va a ser de todos» —«Sí, pero ese dinero lo he ganado trabajando, e incluso robando horas al sueño, mientras Vd. u otros estaban en el café o en la taberna, o durmiendo tranquilamente horas y horas. Si Vd. sabe que alguien tiene dinero mal adquirido explotando a los demás, legisle Vd. para evitar esa explotación, y que lo

que haya podido adquirir por esos medios pase a poder del Estado; pero lo mío, de ninguna manera; lo defenderé por cuantos medios estén a mi alcance, si alguien quiere atropellarme».

—«¿Por qué me manda Vd. que cave si yo no puedo hacerlo, porque mis fuerzas físicas no me lo permiten?»—«Porque todos somos iguales y tenemos que cavar.»—Pero. ¡hombre de Dios! eso es una barbaridad. Deme Vd. su salud y entonces cavaré.—Eso no puede ser. Pero. ¿no quedábamos en que todos éramos iguales?

Vemos por los ejemplos citados, que aquella locomotora de que antes hablábamos no se resigna, lanza al aire PORQUÉS Y PEROS, en lugar de humo y vapor.

Hoy por hoy vuestras masas, jefes del comunismo, no inquietan el PORQUE; son simples máquinas que ciegamente obedecen, son las locomotoras a que antes aludíamos: pero es sencillamente porque, abusando de esa ignorancia e incultura en que deliberadamente las tenéis sumidas a las pobres; abusando ignominiosamente de que en ellas no funcionan más que las pasiones, que con gran cuidado habeis excitado previamente; prevalidos por último, de que su inteligencia libre la habéis cínicamente envenenado o atrofiado, para que no discorra y no pueda preguntaros el PORQUÉ famoso, privando con ello al hombre de lo que le hace ser

rey de la creación, les exponéis vuestras teorías en la forma que os conviene, presentándoles de ellas la cara fácil, pero suprimiendo la irrealizable. Por este sofisticado procedimiento habéis conseguido convertirlas en instrumento ciego de vuestras ideas, y lo que es más terrible todavía, (repetiré una idea expuesta con anterioridad, porque la repetición es intencionada) habéis conseguido sumirlas en la desesperación más absoluta; ya que les habéis arrancado aquellas cosas que constituían para ellas parte de su felicidad, a cambio de otras hipotéticas e irrealizables. Pero temblad, porque el día en que la luz de la razón ilumine de nuevo esos cerebros, os interroguen con ese porqué terrible, y vean que lo que vosotros les preconizabais tan fácil, sencillo y agradable, no lo es, entonces, como ya en otras épocas de la historia ocurrió, se volverán airadas contra vosotros, y seréis las primeras víctimas. Un caudillo de la revolución francesa, Robespierre, preconizaba en sus discursos a las masas el ateísmo más tremendo, y, sin embargo, de él son estas palabras dirigidas a esas mismas masas, desde el pináculo del poder: «SI NO HUBIESE DIOS HABRÍA QUE INVENTARLO» Víctima fué después.

Es preciso, es indispensable, es condición sine qua non, para que vuestras teorías puedan triunfar, que los miembros de esa sociedad hayan llegado todos ellos, si dable fuere, al límite de su cultura,

educación e instrucción. Es también preciso que la envidia, el odio, la lujuria, la avaricia, el orgullo, etc., es decir, todas las pasiones, hayan desaparecido de la superficie de la tierra, por medio de un perfeccionamiento progresivo de la parte moral del individuo, sin la cual no se concibe esa sociedad que de la noche a la mañana queréis que iguale a todos los hombres. Es preciso, por último, que físicamente fortifiqueis la especie humana, para que a la par se fortifiquen sus facultades intelectuales, y no se viva, como hoy día viven la mayoría de vuestros adeptos, en el vicio y la abyección más completa. En una palabra, tratáis de fundar una sociedad ideológica, casi de orden espiritual, y empezáis por asentarla sobre unos cimientos del materialismo más grosero.

Quizá digáis que algunos elementos de cultura forman en vuestras filas, en las de los jefes, o que encubiertamente os protegen; pocos, poquísimos son, y de ellos algunos de poco sentido moral. De hecho unos lo están por miedo, la gran mayoría por interés personal, y hasta algunos por snobismo; muchos de ellos han pasado por tres o cuatro escuelas políticas diferentes, y no hay razón para considerarlos modelos de convicción de ideas.

Os imponéis, lo repetiré una vez más, por los sofismas que un día y otro les meteís en sus cabezas, y cuando alguno de los vuestros, al descubrir

ese sofisma, trata de desertar de vuestras filas, recurrís, no a la persuasión, sino al terror, para sujetar esa inteligencia, cuyo producto, el pensamiento, no cesáis de proclamar libre, sin perjuicio de ahogarlo en sangre y fuego cuando os conviene.

Dirige y dirigirá, mientras el mundo sea mundo, la inteligencia, la instrucción, y la cultura, y no la fuerza bruta; y ni en vuestra prensa y conferencias, ni en vuestras publicaciones asoma por parte alguna la cabeza. Pintáis los cuadros con el colorido y las sombras que os conviene, sin cuidaros de que el asunto tenga realidad o no. Manejáis la nave sin brújula, ni timón, haciendo creer a los ocupantes que vais a puerto feliz, cuando en realidad hasta vosotros mismos estáis ignorantes de su destino, que es naufragar; y entonces daréis la voz famosa de «sálvese el que pueda», procurando ser los primeros en tomar plaza en los botes de salvamento.

No estamos en Rusia, aunque cuatro malvados, se empeñen en decir que estamos peor que estaba ella antes de la implantación del nuevo y ya caduco régimen, para justificar y razonar sus propagandas. Bien es verdad que sus oyentes hasta ignoran dónde geográficamente está situada esa nación de Europa; y no estamos peor que allí por la sencillísima razón de que políticamente estamos en el polo opuesto. Aquí existe desde hace años la li-

bertad de pensamiento y de imprenta, aunque en momentos dados la sociedad actual, poniendo en funciones sus defensas precisamente contra vuestras nefastas ideas, la limite o suprime; existe el regimen parlamentario, el Jurado, etc. y de hecho la libertad de enseñanza y religiosa, el matrimonio civil, el divorcio, la secularización de los cementerios (con todo esto nada ha adelantado el obrero, ni en cultura, ni en dinero, ni en salud) y un gran número de leyes sociales que en nada tienen que envidiar a las del país más adelantado; pero, sobre todo, existe una libertad rayana en lo increíble, tan increíble que hasta no hace mucho había que andar por la calle y sitios públicos, cohibidos porque los portavoces de la libertad eran los primeros en aherrojarla. Quien diga que estamos peor que en Rusia, demuestra un desconocimiento absoluto del Imperio moscovita y una mala fé imperdonable al juzgar a nuestra Nación. No estaremos muy bien, pero tampoco es cierto estemos en ese triste y lamentable estado que quieren pintarnos.

No afirmo, ni niego que ciertos servicios públicos (agua, luz, transporte, etc.) sea conveniente socializarlos; no creo, de todos modos, que una vez socializados, el elemento obrero eleve por sola esa causa su condición social, que es la nobilísima aspiración que tiene; pero lo que, sí, niego rotundamente es que la socialización de industrias traiga

la felicidad soñada. Vamos a ver: ya los obreros son dueños de las fábricas; quiero suponer tienen también elementos técnicos directores, sin los que no se concibe la existencia de una industria, pese a quien pese, como en otra conferencia haremos ver; tienen también su disciplina, sin la cual tampoco se concibe el funcionamiento de los centros industriales; tienen, en una palabra, todos cuantos medios materiales, soñar puedan; solo una cosa importantísima, irremediablemente, faltaría; el estímulo para trabajar. Al principio, ignorantes del cometido actual del ingeniero, del cual solo conocen y pueden concebir el dar vueltas por la fábrica con las manos en los bolsillos o a la espalda, todos querrían ser ingenieros; porque ven que actualmente es el que manda; pero al ver la realidad de la práctica nadie querría serlo, y cursar los estudios tampoco, porque ¿para qué romperse la cabeza años y años estudiando, si todos habían de ser lo mismo? Nadie querría ser contraamaestre, ni capataz, sin cuyos factores no se concibe el funcionamiento normal de una industria; porque ¿para qué aceptar responsabilidades además del trabajo, si todos habían de ser iguales? Ya llegamos al factor industrial obrero, y por ley natural, contra la cual no hay comunismo que valga, suprimido el estímulo, ¿quién querría ser minero, quién estaría al lado de los cilindros de laminación, quien en las bocas de los

altos-hornos, quien en las cámaras de plomo de la fabricacion del ácido sulfúrico, etc.? Nadie querría respirar la atmósfera malsana de un pozo minero, ni soportar el calor abrasador del acero al rojo al pasar por el cilindro de laminación, ni los gases mefíticos que el alto-horno despidе, ni los vapores pestilentes del anhídrido sulfuroso. «Se pondrían turnos para que todos pasasen,» diréis. Bien; aparte de que con ello se resentiría grandemente la producción, ya que todo en este mundo tiene su poco o mucho de arte, disminuiría también hasta límites increíbles; porque el trabajo falto de estímulo se anula. El minero y los demás están hoy en esos oficios, y trabajan de buen o mal grado con la esperanza de redimirse de él; quieren ser más, y la prueba es que muchos lo son, ya que de ellos salen los listeros, capataces, jefes de taller, contra maestres maestros y muchos patronos. ¿Es que las profesiones bautizadas pomposamente con el nombre de liberales, no tienen tantos riesgos o más que el trabajo manual? Un médico acaso ¿no tiene constantemente su vida en peligro al asistir a sus enfermos, desde luego sin limitación de horas? Y ¿el trabajo intelectual de ese hombre, no supone nada tampoco? O ¿creéis acaso que nació con los conocimientos que actualmente posee? No; lo que pasa es que desconocéis el verdadero valor de ese género de trabajo.

Y ese ingeniero, ¿no expone su vida al servicio de la ciencia? ¿Dónde dejáis las víctimas que ocasiona el proceso de un invento? ¿No lo veis actualmente en el proceso de la navegación aérea, que tantos servicios ha de rendir a la humanidad? Vosotros os encontráis con el elemento o la máquina perfeccionada o en marcha, que os da a ganar el jornal, pero olvidáis su accidentado y, muchas veces, trágico proceso. ¿Qué sería de la humanidad sin la dinamita, la máquina de vapor, la electricidad, etc? todo ello ha tenido por móvil el estímulo al trabajo, y el perfeccionamiento y bien de la humanidad. Con vuestras teorías no solo no avanzaría, sino que por el contrario la retrotraeríais a los tiempos primitivos.

¿Y ese boticario, veterinario, químico, naturalista, etc., no investiga, trabaja y expone su vida por remuneraciones, muchas veces ilusorias?

Dejemos la igualdad y procurad en cambio robustecer el estímulo para el trabajo, que, por ahí, sí, que progresaremos todos, empezando por vosotros.

Consultad a la naturaleza sobre vuestras teorías. Ella ¿dónde nos suministra ejemplos de igualdad? Por mucho que en buscarlos tardeis, no los encontrareis en parte alguna. Jamás encontrareis dos ríos dos montes, dos lagos, dos árboles, dos caminos dos animales, etc. iguales. Y vistos estos ejemplos

admirables que la naturaleza nos ofrece ¿quereis igualar los hombres? Estos por instinto natural rechazan el sentimiento igualatorio, y el imponerlo es un ataque brutal a la personalidad humana. Preguntad al peón más simple, y con todas las teorías igualatorias que querais, si es sincero, os dirá, que su pretensión es no ser peón, y nada más. No pide que todos seamos peones, lo único que real y verdaderamente pide es dejar de ser peón. El oficial sea de albañil, pintor, carpintero, herrero, etc., os dirá que su pretensión es no ser oficial; pero mucho menos aún peón. El maestro de obras, ya en menor escala que los anteriores, porque su cultura es mayor y su inteligencia está más desarrollada, deseará dejar de serlo; pero tampoco para convertirse en oficial o peón. El mismo ingeniero aunque esté conforme con su profesión aspirará a más. El capitalista tendrá la mirada fija en otro, que en la escala económica y financiera sea más que él. Ya hemos llegado al hombre-cumbre en este sentido, a aquel que tiene más que los demás, y con seguridad, ese hombre envidiará a aquel simple peón, de que al principio hablábamos, por el mero hecho de que su gota crónica (enfermedad que el obrero no conoce), producto precisamente de esos millones, no le permite moverse, o de permitirselo, es a costa de atroces sufrimientos.

Nadie está conforme con su suerte; nadie quiere

ser peón, nadie quiere tener gota. Si hay peones es a la fuerza, pero no por ese sentido de igualdad. Pero en fin; voy a suponer que sobreponiéndonos a esa ley natural, que repugna la igualdad, pudiésemos resignarnos a ser todos peones. Pues bien; aún en ese caso, puramente hipotético, la igualdad no existiría. . Paraos delante de una casa en construcción y observad el trabajo de sus peones; ¿es igual? de ninguna manera; y aunque pongan en acción todos los medios de que disponen (voluntad, esfuerzo físico, etc.), no lo conseguirán. El uno, porque sus fuerzas físicas se lo permiten (en este punto sí que no hay igualdad que valga) podrá transportar 10 o 12 ladrillos, mientras que otro, con menos o más fuerzas, transportará 6 u 8 o 14 o 16. «Es que al final de la jornada obligaremos a que todos hayan transportado el mismo número». Bien, supongamos llegado ese caso límite; pero por ello, ¿efectuarán a caso todos el mismo trabajo? Transportar el mismo número de ladrillos, sí, harán, pero efectuar el mismo trabajo no, mándelo quien lo mande. El que tenga menos energías físicas, porque la diversidad de naturalezas así lo haya impuesto, se cansará más que el otro que las tenga mayores, y contra eso no hay quien pueda.

Todas esas doctrinas filosóficas, sociales, etc. que tienen como fundamento el odio, fácilmente se abren camino entre ciertas clases sociales, y

ocurre èsto porque les han matado su parte moral, y sehan preocupado solamente de enseñarles a odiar y no a querer, a destruir y no a construir, a educar su espíritu en el pesimismo más absurdo, sin nada de optimismo. El odio sí, es más fácil de inculcar que el cariño; pero no hay que perder de vista, que quien primero y más directamente sufre las consecuencias, sin darse él cuenta, es el propio interesado.

Pongamos un ejemplo: nadie duda, que, hoy día se pagan a algunos obreros jornales superiores que a muchos que ostentan títulos profesionales, y que muchas veces sin limitación de horas ejercen su profesión. Pues bien; el paso de un simple automóvil molesta a ese obrero, si es de los que hemos quedado en llamar exaltados, y en cambio lo contempla indiferente o con satisfacción, ese otro que ostenta título profesional. ¿Causas de ello? Que el uno vé al rico y no al automóvil, y el otro vé al automóvil y no vé al rico; el uno con su ilustración y cultura vé el progreso y la industria (vé el modelo y se enorgullece si es de fabricación nacional, lee la matrícula y el número, y hace estudios comparativos entre las distintas provincias, etc.); el otro, falto de esos elementos, solo ve el dinero, y que él va a pié (los comentarios son sobre la lucha de clases); en el uno nace enseguida el odio que le han inculcado; en el otro, la consideración y respeto que nadie ha

tenido necesidad de enseñarle, porque su inteligencia no envenenada, así se lo dicta; al uno le sirve de estímulo para procurar tener un automóvil al comprender las ventajas del mismo, el otro, siente el afán de destruir todos los automóviles; o bien el deseo de que el otro vaya a pié y él en automóvil; etc. En este hecho tan simple intervienen dos hombres; ese obrero exaltado con mejor posición económica y menos sujeción y responsabilidades; el uno, aunque no sea más que momentaneamente, sufre y se disgusta; el otro permanece impassible o disfruta.

Pasan esas mismas personas por un escaparate en que, a lo mejor, únicamente la colocación de los artículos, calle en que está situado, efecto de luz o de espejos hacen que los artículos que en él se presentan al público, parecen ser de distinta clase que los mismos que se expenden en otras de menos presentación. El uno se indigna, porque no puede o no pone los medios para poder adquirirlos; ve que allí paran coches y automóviles lujosos, y que allí compra el rico; el otro no ve nada de eso; pero en cambio, sí, ve, porque su inteligencia sana y cultura le permiten razonar, que esos mismos artículos puede adquirirlos, si de ellos tiene necesidad, en otros puntos, a precios más inferiores cosa que también su inteligencia le dicta. En resúmen; que, también en este caso el uno sufre y el otro razona.

No terminaríamos de poner ejemplos, para hacer patente que, si a muchos obreros, en lugar de enseñarles a odiar, se les enseñase a razonar, inculcándoles instrucción y cultura, se evitarían muchos malos ratos, por cosas que en sí no tienen la menor importancia para quien ve más allá de los ojos físicos.

Con lo expuesto no trato de quebrantar vuestras organizaciones actuales, pero, sí, trato de encauzarlas y complementarlas. Deseo que esas vuestras asociaciones sirvan realmente para labrar vuestra felicidad, y no vuestra desgracia. Quiero que sean instrumento de amor, en lugar de serlo de odio. Pretendo que sirvan de lazo de unión entre unos y otros elementos de la sociedad, y no de discordia.

Para conseguir estos fines y otros de índole económica, es preciso, necesario, urgente e imprescindible que obliguéis a vuestros elementos directores a que se alejen o cambien de táctica; ya que en otra forma, quizá inconscientemente, os están conduciendo a la ruina física y moral, a la desesperación, y a sumir la sociedad actual en un verdadero abismo. Es preciso que esos elementos directores amplíen el concepto que de libertad tienen, pues hoy día lo confunden lastimosamente con el de tiranía y despotismo sin igual. Es preciso también que sean los primeros mártires de la idea, en lugar de vivir de ella. Es preciso, por último, que os enseñen

que no basta el trabajo inconsciente para redimirse, si al mismo no acompaña el estudio perserverante y habitual, a fin de adquirir cultura e instrucción, de las que la inmensa mayoría tan necesitados estáis; entonces es cuando el hombre desempeña en las sociedades modernas su verdadero papel, porque entonces, y sólo entonces, va penetrando paulatinamente en el conocimiento de esas sociedades; ya que en el momento actual no veis ni podeis ver más que los cuatro sofismas que, respecto a su funcionamiento y desarrollo, os enseñan. A medida que os hiciesen más sabios, os haríais al mismo tiempo más reservados, para pronunciar afirmaciones decisivas respecto a la cuestión social, y ocurriría esto porque vuestra soberbia se humillaría, a la par que la modestia se fortificaba, al comprobar que hágase lo que se quiera, siempre tendremos una última puerta que abrir. En una palabra es preciso pedir a esos elementos directores que modifiquen paulatinamente lo existente, si de ello hay necesidad, pero ¡por Dios! que no derriben, ya que ellos mismos ignoran lo que detrás de esos humeantes escombros puede sobrevenir, y a eso no hay derecho. Modificaciones y soluciones bien, y aún estas no solo teóricas, sino con la sanción previa de una pequeña práctica experimental.

RF. 4-3